

Libro de las setas



Su autor, Robert Wilson (Banff 1787-Glenairnie 1871), ejerció su profesión de Doctor en Aberdeen, lo que no le impediría viajar por el este y por Asia antes de asentarse en Glenairnie.

Probablemente llevara a cabo este trabajo en 1805, siendo aún estudiante de medicina en Aberdeen y ejerciendo de ayudante en el Guy's Hospital, pues los planes de estudios médicos incluían una parte importante de Botánica y el dibujo de plantas al natural.

Robert Wilson dejó muchos diarios que fueron también legados a la Universidad de Aberdeen, pero no se conoce ningún otro trabajo botánico de su autoría.

La importancia de esta obra viene reforzada por el creciente interés a la micología, pues si bien el consumo de setas por parte del hombre se remonta ya a las sociedades recolectoras y cazadoras de tiempos paleolíticos y neolíticos, **los tratados antiguos sobre este tema son, sin embargo, prácticamente inexistentes.**

Otro dato apoya el interés y oportunidad de este manuscrito: **la micología como ciencia es relativamente reciente**, pues es sólo a partir del siglo XVIII cuando se inicia seriamente el estudio científico de las setas.



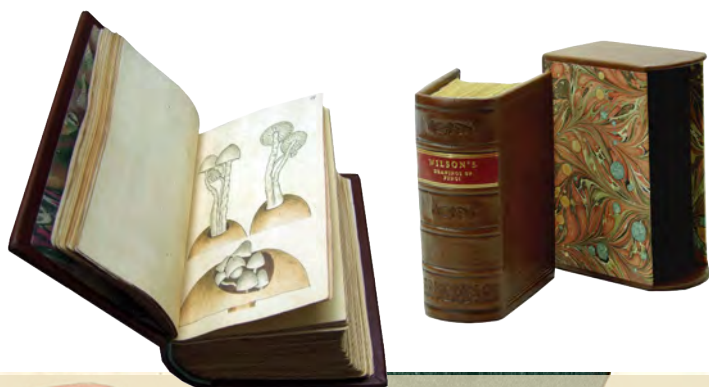
Estamos, pues, ante un **manuscrito curioso**, raro en el mejor sentido de la palabra y **de sumo interés para aficionados.**

La ausencia de texto indica que este manuscrito no estaba destinado a la imprenta. Como defiende la gran experta María Rosa Tellería, con este libro *recuperamos aquí un pequeño pero apasionante territorio para la historia de la micología.*

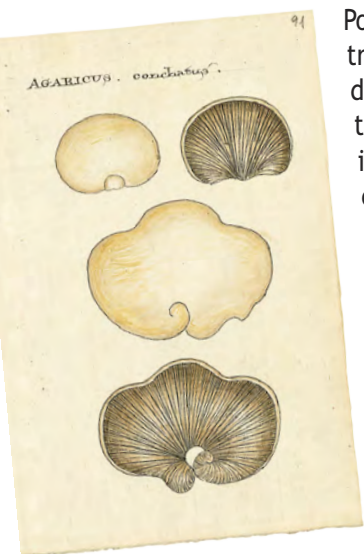
Este **curioso libro de setas**, fruto de muchos años de un paciente trabajo de campo, es un precioso manuscrito de los que no abundan mucho y que muy bien podríamos calificar sin ambages de “raro” en la acepción más positiva y sugerente del término. De ahí que esta colección Librería Rara de la que forma parte le venga como anillo al dedo, al mismo tiempo que, por su singularidad, la enriquece proporcionándole una nota de cautivadora variedad.

Su simple aspecto externo le hace particularmente agradable y llamativo. Es de esos manuscritos que de por sí, y al margen de su temática y contenido, ya hacen biblioteca. **Tiene algo de calidez y seducción que enamora.**

Quien se aproxime a este simpático tratado, en el volumen de estudios complementarios podrá deleitarse con la breve pincelada que de la vida y obra de su enigmático autor esboza oportunamente María Teresa Tellería —a la que cabe el honor de haber sido la primera mujer en dirigir el importante Jardín Botánico de Madrid— en sus ya más de 250 años de historia. Y, cómo no, el lector se podrá embelesar igualmente con el amplio y detallado análisis que de todas y cada una de sus láminas nos ofrece el gran experto micólogo Francisco de Diego Calonge —figura clave del último medio siglo para el estudio de la micología en España— y que, entre otros muchos cargos y funciones, dirigió también durante varios años la mencionada y noble institución del Jardín Botánico de Madrid.



En las páginas del mencionado volumen complementario del facsímil encontraremos, pues, una minuciosa descripción formal de cada una de las especies que la obra recoge y disfrutaremos también descubriendo sus propiedades curativas o gastronómicas o su posible toxicidad, y todo un conjunto más de datos anecdóticos y curiosos para recreo de nuestra imaginación y solaz de nuestra mente.



Por otro lado, tampoco podemos dejar de invitar a todos a una detenida lectura del breve pero sustancioso trabajo de María Teresa Tellería, mencionado más arriba, en el que —como ella misma nos confiesa— ha debido enfrentarse al interesantísimo y difícil reto de descubrir para nosotros la personalidad escondida tras el enigmático y genérico nombre de R. Wilson, autor del manuscrito, así como el móvil que le impulsó a escribirlo. La total ausencia de datos y pistas disponibles para dilucidar estas incógnitas ha exigido una investigación realmente ardua y un punto detectivesca que atrapa al lector, al que dejaremos seguir esta amena trama en la que, para que la intriga sea completa, no podían faltar las falsas pistas con sus correspondientes enredos.

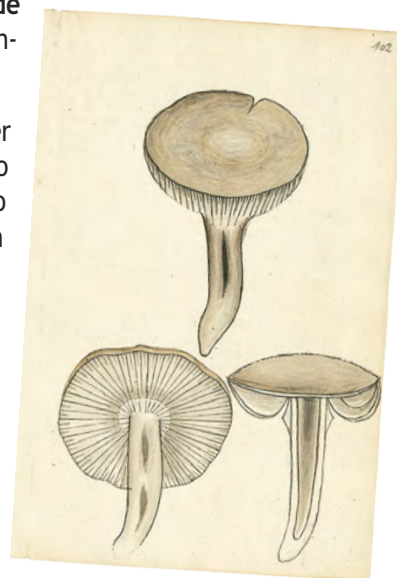
Por su vivo interés nos permitimos dar aquí cuatro pinceladas sobre esa finalmente desvelada personalidad de Robert Wilson, de Medomsley, en el condado de Durham (Reino Unido), del que no obstante siguen siendo más bien parcos los datos de que disponemos. Por no saber ni siquiera sabemos las fechas ni los lugares exactos de su nacimiento y muerte. Sabemos, eso sí, que trabajó como grabador en una fábrica de espadas en Shotley Bridge, ciudad cercana a Medomsley. Ejerció también de relojero. Por sus múltiples capacidades y un especial e innato talento era conocido como el brujo Wilson (“Witch Wilson”). **Sus conocimientos médicos eran realmente vastos y considerables**, además de

ser admirado por sus paisanos como un **consumado botánico**, tanto teórico como práctico, lo que le llevaría incluso a cultivar en su propio jardín una valiosa colección de gran variedad de plantas. Es precisamente su primera y principal vocación de naturalista la que le conduce al infatigable estudio de la flora de los alrededores de Medomsley, Weardale y Teesdale, en el mismo condado de Durham. Si a todo ello añadimos su **innegable y bien conocida habilidad como dibujante**, no nos debe extrañar que, según parece, poseyera su particular gabinete de curiosidades plagado de **dibujos al natural de las setas** de las inmediaciones, **ejecutados con exquisita precisión y belleza**, y minuciosa y pacientemente **coloreados a lápiz**.

Wilson sentía auténtica pasión por las setas, por lo que en cuanto descubría una nueva solía correr como un poseso hasta su gabinete para así inmortalizarla en vivo, antes de que sus evanescentes o brillantes colores comenzaran a marchitarse o a mutar. En el manuscrito apreciamos el claro sesgo científico de sus desvelos que le inducía a la paciente tarea de ofrecernos la representación de un mismo espécimen en perspectivas cambiantes y diversas, para así resaltar mejor sus características formales más ostensibles.

Un apunte final. A más de uno este tratado le puede resultar algo incompleto, pues seguramente **debió de haberse completado** —como muy bien se sugiere más adelante— por un **block de notas o apuntes hoy desaparecidos**, en los que se identificaría, describiría y presentaría el hábitat de cada espécimen dibujado, con comentarios sobre el mismo. Lástima que, como en tantas ocasiones, la historia de estas obras nos juegue una mala pero inevitable pasada.

No obstante, con la presente edición facsimilar hemos querido rescatar del olvido esta desconocida, inédita y simpática obra. Y si bien la nuestra no deja de ser una modesta contribución, no podemos estar más de acuerdo con María Teresa Tellería cuando afirma que **recuperamos aquí un pequeño pero apasionante territorio para la historia de la micología**.



Esa fue nuestra principal intención, como lo fue también, por supuesto, la de ofrecer al público en general y a los micólogos en particular, una simpática, atractiva y curiosa pieza de coleccionismo de historia natural para su mayor esparcimiento y deleite.

